



---

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica éditada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

[www.memoria.fahce.unlp.edu.ar](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar)

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

[www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar](http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar)

#### **Licenciamiento**

*Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.*

*Para ver una copia breve de esta licencia, visite*

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/)

*Para ver la licencia completa en código legal, visite*

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode)

*O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.*

# **SARMIENTO/ALBERDI : APUNTES PARA UNA POLÉMICA POSIBLE (O DE CÓMO CONSTRUIR LOS ESQUIVOS DESTINOS DE LA PATRIA)**

**Andrea Cobas Carral**

---

*Universidad de Buenos Aires*  
[acobascarral@yahoo.com.ar](mailto:acobascarral@yahoo.com.ar)

## **RESUMEN**

*En 1852, la caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas inicia en la República Argentina una etapa dominada por fuertes tensiones entre distintos modos de pensar el nuevo orden nacional posterior a Caseros. En ese marco, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi entablan una polémica en la que buscan legitimarse como posibles ejecutores de las nuevas políticas estatales. Itinerarios culturales, políticos e intelectuales se aúnan para construir la trama de esta lucha discursiva tejida siempre en el borde del destierro. Alberdi y Sarmiento inician una batalla ideológica que pone en juego modos de leer el pasado nacional, ambiciones políticas, y estrategias para construir una figura de intelectual eficaz y que responda a las necesidades de la nueva realidad argentina.*

Nuestra prensa periódica es intolerable. ¿De dónde viene el ejemplo, -el mal ejemplo? De las lecciones que nos dieron hombres como Sarmiento y Alberdi, cuando desterrados, fugitivos, expatriados, combatiendo ambos por la misma causa –contra el mismo poderoso señor de vidas, famas y haciendas- ya se destrozaban, sin embrago, sin piedad, en panfletos virulentos, depresivos, irritantes, calumniosos, abominables.

Lucio V. Mansilla "Alberdi" en *Retratos y recuerdos*.

1

En 1852, con la caída del régimen rosista, se abre en la República Argentina un período en el que entran en tensión posibles modelos para pensar el ordenamiento nacional. En este marco, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi entablan una polémica en la que buscan legitimar sus posiciones respecto del gobierno de Justo José de Urquiza. Tras el derrumbe de Juan Manuel de Rosas, los exiliados Sarmiento y Alberdi retornan a su tierra buscando ser incluidos entre los ejecutores de las nuevas políticas estatales. Sarmiento, quien fuera Boletínero del Ejército Grande comandado por Urquiza, ve frustrados sus deseos y se exilia por segunda vez. Alberdi, por el contrario,

cumple diversas misiones diplomáticas para el nuevo gobierno y traza con su trabajo, los lineamientos generales para la Constitución de 1853.

La polémica entre Alberdi y Sarmiento, a veces trivializada y explicada como un mero muestrario de injurias y golpes bajos, esconde una feroz lucha discursiva entre diferentes modos de entender la construcción de un nuevo orden político, social y cultural. Alberdi y Sarmiento encuentran en la polémica el campo propicio para entablar una batalla ideológica en la que se juegan formas de leer el pasado nacional, ambiciones políticas, y estrategias para construir la figura de un intelectual apto y eficaz para la nueva Nación Argentina. Itinerarios culturales, políticos e intelectuales se entremezclan delineando una polémica destinada a explicarse en los márgenes siempre presentes del destierro. La violencia de la palabra es la copia en la letra de los chispazos del choque inevitable entre dos modos de pensar los esquivos destinos de la Patria.

### **1- LA NACIÓN COMO CAMPAÑA**

La vida de paz pide una prensa de paz, y la prensa  
de paz pide escritores nuevos.

Juan Bautista Alberdi *Cartas quillotanas*.<sup>2</sup>

La República Argentina es hoy un campo de batalla.

Domingo Faustino Sarmiento *Las ciento y una*.<sup>3</sup>

En 1852 el Ejército Grande se dispone a derrocar el orden rosista. Sarmiento se une a la tropa de Urquiza y –siempre a buen resguardo de filos y balas- escribe *Boletines* para que los lea su regimiento de guaraníes analfabetos. Sarmiento, además, redacta otro texto durante su estadía junto a la partida urquicista: el *Diario de campaña*, texto íntimo que contiene una verdad distinta a la sostenida por los *Boletines* y que le sirve a Sarmiento como base para la redacción de *Campaña en el Ejército Grande*. Esta obra que aspira a poner en escena la verdadera personalidad de Urquiza y la naturaleza de sus actos de gobierno, es el instrumento con el que Sarmiento pretende ultimar el nuevo régimen. En *Campaña* la lucha aparece como una entidad concreta que se desplaza a través de varios planos dentro del texto: batalla entre voces y silencios, entre palabras impresas y acciones, entre consejeros y poderosos. Para Sarmiento la lucha real es una presencia distante y degradada. Si alguien está lejos de la guerra dentro de ese grupo de soldados que no pelean, ese es Sarmiento: el escriba disfrazado de soldado europeo

entabla una lucha destinada a construirse con palabras. Para Sarmiento su campaña personal en el Ejército Grande comienza y termina con un acto de escritura:

En la noche fui a Palermo, tome papel de la mesa de Rosas y una de sus plumas, y escribí cuatro palabras a mis amigos de Chile [...] Esta era una satisfacción que me debía, y un punto final a aquel alegato de bien probado que había principiado con la carta al General Ramírez, en 1848: "¡Yo me apresto, General, para entrar en campaña!". Había cumplido la tarea. <sup>4</sup>

En el despacho de Rosas, Sarmiento descubre en la escritura el cierre para un largo exilio, y encuentra, al mismo tiempo, el punto de partida que lo empuja a otro destierro y que lo obliga a empezar un nuevo texto. Así, *Campaña en el Ejército Grande* -narración del paradójico viaje militar hacia las entrañas de la barbarie- condensa los deseos de Sarmiento por interpretar la verdadera trama de la historia argentina, y de los hombres llamados a ser los artífices de la reconstrucción nacional luego de Caseros. En ese contexto no sólo la legitimidad de Urquiza es puesta en tela de juicio, Sarmiento también ataca la figura de Alberdi, su antiguo compañero de causa devenido en consejero del nuevo rector de los destinos nacionales. La *Campaña* lleva una "Dedicatoria" y una "Advertencia" que lo tienen a Alberdi como destinatario privilegiado, y que son el punto de partida en el que se origina la serie de publicaciones que forma la polémica Sarmiento/Alberdi: el ataque de *Campaña* es respondido por Alberdi en las llamadas *Cartas quillotanas*, refutadas luego por Sarmiento en *Las ciento y una*.

En su trabajo, Alberdi funda un escenario en el que la República –luego de años de anarquía y terror- se transforma en un espacio signado por el orden, la ley y la libertad. Así, todo aquel que se oponga a esta nueva y pacífica realidad queda filiado a las huestes del desorden y la ilegalidad. Alberdi se construye como el colaborador más apto para la nueva etapa que emprende la Confederación Argentina: él, como hombre de leyes, es el mejor formado para brindar a la Nación el cuerpo legal y la armazón institucional que ésta demanda. Por el contrario, y como contrapartida de su figura, Alberdi erige la imagen de su opositor Sarmiento, como la estampa del gaucho malo de la prensa incapaz de comprender el nuevo orden de cosas y, por lo tanto, condenado a pertenecer a un momento oscuro de la historia de la Patria que debe ser enterrado y superado por aquellos hombres llamados a regir los nuevos destinos nacionales. La naciente etapa histórica que vive la República cambia, según Alberdi, las circunstancias de la polémica: Sarmiento ya no puede pelear desde la prensa como un salvaje porque la

discusión ya no se entabla con los mazorqueros de Rosas, sino que se polemiza con "caballeros". Sarmiento es el insignificante miembro del Ejército Grande que, como un viejo soldado de la prensa, no puede más que repetir sus gastadas tácticas injuriosas sin notar que el país ha sido pacificado por el brazo de Urquiza, privilegiado autor de la caída de Rosas y su régimen. Para Alberdi, Sarmiento, ignorado por Urquiza en tanto consejero, embiste contra el nuevo líder nacional como un animal rencoroso que no llega a percibir el horizonte de paz y ordenamiento que se abre frente a sus ojos.

Alberdi, entonces, apuesta en su texto a la edificación de un contexto en el que las prácticas sarmientinas no sólo carecen de sentido sino que se transforman en criminales frente al orden instaurado. Conspirador ya desde su puesto en las filas del Ejército de Urquiza, nada puede esperarse de este caudillo de la prensa. Sarmiento, incapaz por naturaleza y por formación para ocupar un puesto en la nueva configuración nacional, es desplazado, también, en tanto pretendido intérprete de la realidad argentina.

En *Las ciento y una*, Sarmiento continúa la lucha de palabras iniciada en *Campaña*. Para hacerlo, responde al ataque alberdiano construyendo un escenario diametralmente opuesto. Para Sarmiento, la Patria lejos de estar pacificada se presenta como el espacio en el que se entabla una lucha feroz entre los que desean construir un nuevo orden civilizado y los que apuestan por la continuación de la barbarie rosista en la persona y gobierno de Urquiza. Si sólo ha cambiado el nombre de quien viola los derechos nacionales, entonces los medios de lucha contra la tiranía no pueden más que ser los mismos. De este modo, Sarmiento da una vuelta de tuerca a lo planteado por Alberdi y se presenta no sólo como el más experimentado para luchar contra Urquiza y su régimen desde la palabra; sino que, exhibiendo su rango militar, se muestra como un soldado real listo para actuar y brindar a la Nación lo que ésta requiere en tanto espacio en el que se libra una batalla incesante. El Boletínero prudente frente a las balas durante la campaña de Caseros, se presenta en *Las ciento y una* como un soldado siempre dispuesto a verter su sangre en la búsqueda del camino de grandeza que tanto Rosas como Urquiza y Alberdi le niegan a su Patria. En este marco, Alberdi es caracterizado como un cobarde que escapa de la lucha que el país le demanda: como en Montevideo, esconde el cuerpo frente a la proximidad de la batalla.

Para Sarmiento, Alberdi es a Urquiza lo que De Ángelis fue a Rosas. Así, los textos de Alberdi se convierten para Sarmiento en una mera expresión del pensamiento mercenario de esta suerte de "intelectual orgánico" del urquicismo que escribe cartas desde la plácida tranquilidad que le ofrece su puesto de Encargado de Negocios en Chile, alejado

de las turbulencias que se viven en Buenos Aires y el resto de la Nación. Así, si para Alberdi, Sarmiento no puede con Urquiza más que repetir los modos de lucha utilizados contra Rosas, Sarmiento recrea esta idea aplicándosela a Alberdi: periodista a sueldo para el gobierno chileno en los 40 como lo es en 1853 para el gobierno argentino; y consejero de Urquiza tras Caseros como pretendía serlo de Rosas en 1847. Alberdi parece caer fatalmente en esa suerte de círculo vicioso que él mismo construye para Sarmiento: ambos repiten con Urquiza lo que eran con Rosas.

La estrategia sarmientina es clara: si la República es un campo de batalla la única operación posible es desacreditar a Alberdi para formar parte de la lucha. La imagen de Alberdi -pintado como un cobarde enfermizo, afeminado y adicto a Urquiza- se proyecta sobre sus textos borrando de ellos cualquier rasgo de objetividad o eficacia. De este modo, el adversario cae por su propio peso, incapaz tanto para la batalla verbal que reclama la polémica como para la acción práctica en un país signado por la lucha y la violencia.

## **2- LA PRENSA Y EL PROBLEMÁTICO EJERCICIO DEL PODER**

En su vida polémica, sus frases despiadadas, á manera de moles de granito movidas por titanes, caían sobre el campo de la lucha, destruyendo adversarios e inocentes, en tanto que él [Sarmiento] como una esfinge recibía los proyectiles lanzados á su cabeza, sin que jamás le hirieran.

Eduardo Wilde. <sup>5</sup>

Alberdi no se limita a analizar *Campaña*, también se ocupa de exponer una serie de fuertes críticas al texto fundamental de Sarmiento: el *Facundo*. Sarmiento, calificado por Alberdi como una persona sin formación educativa –y a la que se le nota la carencia- es caracterizado en las *Cartas quillotanas* como alguien que, a pesar de los esfuerzos que hace, está inhabilitado para aspirar a un cargo como hombre de Estado. Para Alberdi, el *Facundo* es un texto que sólo repite, de modo más o menos desordenado, una serie de ideas de frecuente circulación entre los exiliados en Chile y Montevideo. <sup>6</sup> Alberdi va, incluso, un paso más allá: "Se ve, pues, que como nosotros los jóvenes de Buenos Aires, en 1838, Ud. vio en 1845, dos políticas erradas." <sup>7</sup> Así, Sarmiento no sólo es separado de la Generación del 37, heredera pretendidamente natural de los principios de Mayo, sino que se marca una distancia temporal que borra cualquier vestigio de originalidad

contenida en los postulados sarmientinos: se excluye al sanjuanino de la escena porteña al tiempo que se lo ridiculiza sutilmente por sostener -siete años después- ideas ya gastadas entre la intelectualidad formada en torno del "Salón literario". Para completar la afirmación sobre la imposibilidad de Sarmiento para ejercer cargos públicos en la nueva Argentina, Alberdi agrega a la aseveración sobre la supuesta pulsión sarmientina por el plagio, otra aseveración que busca destrozarse cualquier rastro que pueda emanar de *Facundo* respecto del trazado de un plan de organización nacional. Todo lo que en Sarmiento no es copia, es simple oposición al discurso de sus adversarios ocasionales. Así, para Alberdi, el pensamiento sarmientino no es más que una especie de acto reflejo: si Rosas rechaza la libre navegación de los ríos, Sarmiento no podrá más que apoyarla. Para Alberdi, estas son inflexiones que nacen naturalmente del ejercicio de la prensa política. Como señala Adolfo Prieto, a partir de estas consideraciones se produce un quiebre en el objetivo originario de las *Quillotanas*: "las *Cartas* pasan, ostensiblemente, a discutir el estatuto del escritor en la sociedad rioplatense de mediados del siglo XIX." <sup>8</sup> Para Alberdi, la inmediatez que exige el trabajo en la prensa inhabilita -en tanto posibles hombres de Estado- a quienes lo practiquen. Quien debe escribir por un sueldo no puede perder su tiempo en reflexiones; quien no sepa reflexionar, jamás -según Alberdi- podrá desempeñar correctamente un cargo público.

Sarmiento en *Las ciento y una* rechaza este ataque al tiempo que reconoce sus aspiraciones como hombre de Estado. Sarmiento transforma las imputaciones de Alberdi en signos que lo hacen confiable frente al pueblo: ser persistente en la exposición de las ideas; explicar con claridad principios y sistema; resistir frente a las seducciones del poder. Para Sarmiento, su práctica como publicista no es más que un medio que le permite construir una figura posible como hombre público. Por su parte, Sarmiento responde el ataque minando la imagen de abogado respetable y comprometido con los ideales de Mayo que el propio Alberdi ensaya para sí mismo. Sarmiento pone en tela de juicio las capacidades alberdianas en materia de Derecho: abogado mediocre en Chile e incapaz de graduarse en las aulas porteñas, ¿qué aporte puede hacerle a la Patria? Para Sarmiento, Alberdi ya es, en 1853, un hombre de Estado, pero uno propio del momento histórico de transición que vive la República: manejable por los verdaderos poseedores del poder; dispuesto a apoyar cualquier medida del gobierno; listo para callar lo que sea necesario. Construido Alberdi como el coyuntural "consejero del príncipe" -ese consejero que Sarmiento no pudo ser-, se proyecta sobre la argumentación alberdiana una sombra

que problematiza la eficacia de los ataques: ¿qué tan creíbles pueden ser las razones de un hombre que agrede a los opositores del gobierno del que él forma parte?

### **3- LAS REGIONES DE LA BARBARIE**

¿Comprende usted que allá [en Buenos Aires] mueren destrozados por la metralla sus amigos, los de los campos y lanceados mis amigos, los de frac? Allá el cañón, Alberdi, aquí la pluma: allá la pólvora, aquí la tinta. ¡Combatamos como argentinos!

Domingo Faustino Sarmiento, *Las ciento y una*.<sup>9</sup>

La tiranía de pluma, es el prefacio de la tiranía de espada.

Juan Bautista Alberdi, *Complicidad de la prensa*.<sup>10</sup>

Como parte de sus esfuerzos por desarticular la explicación de lo nacional cifrada en *Facundo*, Alberdi discute los espacios de la barbarie y la civilización. Sarmiento confunde el origen de todos los problemas políticos y civiles argentinos al adjudicárselos al influjo de la Pampa. Alberdi tuerce la división sarmientina entre campo y ciudad, partición que ubica el atraso en el primero y los signos del progreso en la segunda. Para Alberdi, en toda civilización, las ciudades cobran impulso a partir de las riquezas y el trabajo producidos en las zonas rurales. En la riqueza de la campaña reside el poder de las ciudades. Esta idea que Alberdi delinea en las *Cartas quillotanas*, es la explicación que usa veinte años después en "El Facundo y su biógrafo"<sup>11</sup> para afirmar el fracaso de Sarmiento como Gobernador de San Juan y Presidente de la Nación. Alberdi sostiene que los gobiernos de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, no hicieron más que llevar a la República otra vez a la década del 40. Tras las modificaciones a la Constitución en 1860, y la caída de Urquiza, se reinstaura el sistema económico desterrado con el derrocamiento de Rosas: mantener intactas las prerrogativas de Buenos Aires es para Alberdi sinónimo de cristalizar la situación de pobreza padecida por las provincias. La riqueza rural de un país es la fuente que permite, según Alberdi, adquirir a Europa todos los bienes manufacturados que se constituyen en tanto signos de la civilización en las ciudades. Además de señalar sus errores de gobierno, Alberdi devuelve a Sarmiento el ataque recibido veinte años atrás: ahora es Sarmiento quien vive de las arcas públicas:

El obrero productor de esas riquezas, el obrero de los campos, es el gaucho, y ese gaucho a que Sarmiento llama bárbaro [...] representa la civilización europea mejor que Sarmiento, trabajador improductivo, estéril, a título de empleado vitalicio, que vive como un doméstico de los salarios del Estado, su patrón.<sup>12</sup>

El fracaso argentino es fácilmente explicable para Alberdi. El *Facundo* como texto colectivo otorga a Sarmiento un crédito inmerecido perteneciente a una generación y no a un individuo que nunca tuvo las capacidades políticas e intelectuales que su texto sugieren: la brecha entre los postulados que inundan sus escritos y las acciones prácticas llevadas a cabo bajo sus gobiernos parecen ser muestras indiscutibles de la contradicción. Pero Alberdi puede estar tranquilo: ya en 1853 alertó sobre los peligros del poder en manos de los caudillos de la palabra. Así, la práctica del poder ejercida por Sarmiento es la mejor refutación de sus escritos y, es también, la máxima reafirmación de los postulados alberdianos.

Alberdi reconstruye la imagen de Sarmiento insertándola en la serie de Biografías de caudillos que el propio Sarmiento incluye en su nueva edición del *Facundo*. Así, Sarmiento es transformado en un caudillo más y *Facundo* deja de ser –casi por contacto– una biografía con ciertas pretensiones de carácter histórico y se convierte, irremediabilmente, en un práctico manual para caudillos. Alberdi tira abajo el proyecto que Sarmiento erige desde la letra.

Alberdi vuelve al *Facundo* para explicar el fracaso sarmientino profundizando las razones expuestas en las *Cartas quillotanas* y en la *Complicidad de la prensa en las guerras civiles argentinas*. En "Facundo y su biógrafo" Alberdi parte de la lectura de una foto. En 1874 cuando se publica en Europa la cuarta edición del *Facundo*, cada ejemplar lleva al inicio una foto de Sarmiento. Esta vez, el ropaje es otro, el disfraz de soldado europeo –central en la *Campaña* y los textos que le siguen– deja su lugar al atuendo de presidente de la Nación.

Ha hecho bien en poner su nombre al pie del retrato, porque, sin eso, todo el que no lo conoce lo hubiera tomado por Quiroga, viéndolo en el lugar que a este correspondía y viendo que en su fisonomía expresa mejor los hechos de Quiroga que los talentos de su biógrafo.<sup>13</sup>

A partir de la crítica a una violación de las normas del género –en una biografía se adjunta la foto del biografiado y no la del biógrafo–, y a través de la anulación de las diferencias físicas entre Quiroga y Sarmiento, Alberdi establece una equiparación entre

los dos hombres que le servirá para explicar –en un gesto que recuerda al Sarmiento de *Las ciento y una*- la política sarmientina como una continuación de la violencia rosista y una restitución de su sistema de gobierno. El borramiento de las identidades reales –que obliga a la presencia del nombre impreso- se proyecta sobre el plano político. Se acortan las distancias entre la ferocidad del tigre riojano y la locura de Sarmiento que juega a la mazorca con Peñalosa. El desorden moral impregna la escritura sarmientina: sin estilo, sin ideas propias, sin solvencia intelectual. Para Alberdi, sencillamente, el *Facundo* debería llamarse el *Faustino*. Entre las imágenes de Quiroga y Sarmiento que nos devuelve el texto de Alberdi hay algo que perturba: un sutil quiebre que contradice los canónicos recuerdos sobre Facundo y Sarmiento: ni el padre del aula ni el bárbaro parecen asomar entre los trazos que moldean sus figuras. Cierta equilibrio acomoda los pretendidos contrastes. El texto de Alberdi parece susurrarnos que Quiroga y Sarmiento bien podrían compartir la misma tienda de campaña.

#### **4- APUNTES FINALES**

Sostiene Tulio Halperin Donghi que la disidencia esencial entre Alberdi y Sarmiento reside en que: "Alberdi cree necesario tolerar todavía, en amor a la paz que la Argentina necesita para su progreso, cosas que Sarmiento juzga ya intolerables." <sup>14</sup> La polémica que parcialmente recorrimos, combina injurias y luchas más o menos pueriles <sup>15</sup>, pero también, y por sobre todo, implica modos de dibujar los imaginados contornos de la nueva Nación Argentina. Adorno señala que "quien ya no tiene ninguna patria, halla en el escribir su lugar de residencia". <sup>16</sup> Sarmiento y Alberdi encuentran en la palabra más que una morada fugaz: descubren en ella la inmensa posibilidad de pelear –desde el destierro impuesto o voluntario- por la construcción de un orden que permita convertir esa tierra tantas veces añorada en la gran Nación que siempre soñaron.

#### **NOTAS**

1- *Retratos y recuerdos* (1894): Buenos Aires, Jackson, s/f, p. 216.

2- *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina* (1853): Buenos Aires, Estrada, 1945, p. 21.

3- *Las ciento y una* (1853): Buenos Aires, La cultura argentina, 1916, p. 71.

4- *Campaña en el Ejército Grande*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 222.

5- Discurso de Eduardo Wilde, Ministro del Interior. *Sarmiento. Discursos pronunciados en la inhumación de sus restos*, Buenos Aires, Biedma, 1889, p. 34.

6- Según Alberdi, un signo de la confusión de ideas que operan en el discurso sarmientino estaría marcado por las contradicciones en que incurre Sarmiento respecto de la elección de un sistema político para la República: unitario y federal alternativamente. Sarmiento responde a esta imputación construyendo el oxímoron "unitario-federal", como una síntesis imposible propuesta por Alberdi como alternativa frente a la histórica dicotomía.

7- *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina* (1853): Buenos Aires, Estrada, 1945, p. 96

8- "El escritor como mito político" en *Revista Iberoamericana*, n ° 143, Abril-junio de 1988, p. 481.

9- P. 188.

10- *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*, Buenos Aires, Estrada, 1945, p. 150.

11- Este texto está compuesto por una serie de fragmentos escritos entre 1862 y 1874 aproximadamente.

12- "Facundo y su biógrafo" en *Alberdi-Sarmiento*, Buenos Aires, De Palma, 1964, pág. 329.

13- "Facundo y su biógrafo", pág. 324.

14- "Prólogo" a *Campaña en el Ejército Grande*, pág. 27.

15- Ejemplo de esto es la discusión tiene como eje el deseo de apropiación de las ideas centrales sobre educación, emigración, libre navegación de los ríos, etc. que cada uno de los polemistas afirma como propias. Si bien en este trabajo han quedado fuera, es fundamentales para entender las inflexiones de la polémica el abordaje de *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina* (1853), de Sarmiento; y *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), de Alberdi, textos en que se discute específicamente la articulación legal que debe adoptar la nueva Nación Argentina.

16- Adorno, Th. *Minima moralia*, Madrid, Taurus, 1987, pág. 85.

## **BIBLIOGRAFÍA**

A. A. V. V. *Sarmiento. Discursos pronunciados en la inhumación de sus restos*, Buenos Aires, Biedma, 1889.

Alberdi, Juan Bautista *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina y Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República argentina* (1853): Buenos Aires, Estrada, 1945.

Alberdi, Juan Bautista "Facundo y su biógrafo" en *Alberdi-Sarmiento*, Buenos Aires, De Palma, 1964, pág. 329.

Mansilla, Lucio Víctor *Retratos y recuerdos* (1894): Buenos Aires, Jackson, s/f.

Prieto, Adolfo "El escritor como mito político" en *Revista Iberoamericana*, n° 143, Abril-junio, 1988.

Sarmiento, Domingo Faustino *Campaña en el Ejército Grande* (1852): Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Sarmiento, Domingo Faustino *Las ciento y una* (1853): Buenos Aires, La cultura argentina, 1916.